



## Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

La visa para cruzar a Congo Brazzaville nos obliga a meter las bicis en un autobús y pasar veinticuatro horas viajando para llegar a Luanda. El baile de equipaje en cada parada, el calor dentro, el estado de la carretera, convierten un viaje normal en una aventura. Al llegar, las calles abarrotadas jalean a la selección argentina, Leo Messi va a jugar en la capital en el 50 aniversario de la independencia. La gente no tiene comida que llevar a la boca, pero el partido cuesta doce millones de euros al país, que bien podrían ser destinados en cosas realmente importantes, pero la fórmula de “pan y circo” es eterna. El dichoso partido cierra la embajada. Mientras esperamos a que abran aprovechamos para conocer la realidad del agua en un barrio de la capital, San Juan. Luanda combina edificios de lujo mirando al mar con niños rebuscando en la basura que se acumula y se siente por las calles. A pocas manzanas aparecen barrios de casas de chapa donde corre agua residual por calles llenas de basura. Beben el agua que se filtra de las paredes y que por su transparencia parece limpia. Nada esto importa, Messi marca el segundo gol y todo el mundo está feliz.

Nuestra visa de Angola llega a su fin, tenemos tres días para salir del país. El ferry Luanda-Cabinda está averiado, “podéis ir desde Soyo mañana”, la taquillera nos lo dice como si meter dos bicis en diez horas de autobús y llegar a tiempo al ferry de las 6:00 de la mañana fuera fácil. Al día siguiente una cola infinita de personas con fardos espera a que abran la verja para conseguir una plaza en el barco. Nosotros vamos en bici, somos blancos y tenemos billete. La combinación supone un salvo conducto que nos coloca, no sin dificultad, en dos de los asientos. Desde dentro, pegados al cristal y sudando tinta, vemos cargar cientos de bultos mientras las bicis siguen en el puerto. Con el motor en marcha y nuestro corazón a mil revoluciones, de malas maneras, las ponen sobre una montaña de maletas. Toca confiar y esperar que al llegar a Cabinda todo esté en su sitio. Viajar en África tiene sus saltos de fe.

A las horas bajamos la rampa al otro lado del río Congo. En realidad es la región de Cabinda, el Congo portugués que no se siente angolano y busca su independencia desde 1975. Hay militares y grupos armados por el camino y es una zona aparentemente insegura. La etapa hacia la frontera es un camino que nos anticipa la selva ecuatorial. El calor, las lluvias, la humedad formarán parte de este mes cada día. Hablamos con militares dispersos a lo largo de los 100km, con sus AK47 heredadas y desgastadas de décadas de uso. Mostramos nuestra mejor versión y esquivamos problemas.

Al día siguiente, a las 8:00 de la mañana, en nuestras últimas horas de visa, esperamos a que abran la valla para pasar la frontera. Hay que estar

# Angola, Congo, Gabón, Guinea Ecuatorial y Camerún “Chinoisse, Chinoisse”



Madre acompaña a su hija ingresada en el Hospital de Ebomé.

preparado para solicitudes, preguntas y chequeos absurdos. Llevamos fotocopias de todo, excepto de la licencia de conducir bicis, que no existe, pero que exigen para conseguir algo de dinero. Sonrisa, silencio, mirar al cielo, sonrisa, paciencia y al final, seguimos camino. A partir de ahora una misma moneda, el CFA y el francés, tercer idioma de África desde que llegamos a Johannesburgo. Dejamos atrás los millones de motos y damos paso a taxis toyota de color azul y blanco, casi tantos como personas.

Los niños y muchos adultos nos llaman o “turist” o “chinoisse”. África es de los chinos, están sacando recursos en casi todos los países, en algunos hasta el 70% a cambio de carreteras de saldo que se rompen pronto u otras

infraestructuras. Petróleo, oro, cobalto, litio, madera... cualquier recurso que no implique gastar los de su país y que le ponga a la cabeza del comercio mundial. Estrenamos Congo con 40km de ciudad en Point Noire, ahí cumplimos los 8.000km de rumbos olvidados. Mercados abarrotados, vehículos con torres imposibles sobre sus techos, camiones enormes por una carretera perfecta hasta Dolisie. Ahí desviamos nuestra ruta hacia Gabón en otra de las aventuras del viaje. 230km de caminos a ciegas. Google maps no tiene datos de las carreteras y poblados hasta Camerún. No tenemos otro camino y es época de lluvias, nos preparamos para lo peor. Sobre el papel serán cinco días, pero el sol está de nuestro lado, ha secado

los caminos y oportunidades así hay que pillarlas al vuelo. Nos cargamos de agua extra y de comida para hacer la etapa más larga de todo el viaje, 136km con calor por caminos de tierra. Poblados de casas de madera, con niños y mujeres caminando por la tierra y animándonos. Terminamos al atardecer en Loubetsi y la lluvia amenaza, nuestro refugio un cuarto de dos por dos metros donde conseguimos meter las bicis y las alforjas. Dentro a 30° nos protegemos de los mosquitos y de una rata que trata sin éxito de romper la bolsa de comida que termina con nosotros en la cama. No pegamos ojo, pero evitamos la tormenta que ha caído.

Dos etapas más de caminos donde esquivamos la lluvia por el día, aunque no los charcos de barro que sumergen nuestras bicis hasta las rodillas y nos obligan a ir mojados todo el día. Es increíble, pero a todo se acostumbra uno. La frontera congoleña es un estercolero donde viven sólo hombres, basura, arroyos verdes de los que emanan olores y mosquitos. Toca pasar por la oficina de inmigración, la aduana, la gendarmería, la policía, todos quieren su cuota de preguntas y cada uno nos arranca un tiempo valiosísimo en una etapa larga hasta el primer pueblo de Gabón, Ndendé, donde tenemos que sellar la entrada. Las paradas pasan factura y la lluvia que no ha caído en tres días, lo hace los últimos veinte kilómetros. Nos da igual, pedaleamos con una

sonrisa bajo la lluvia ecuatorial, hemos sobrevivido a 230km de caminos a ciegas.

Dos horas esperando a que nos sellen y un cuarto/sauna lleno de mohos y olor a pis, son nuestro estreno en Gabón. Cenamos en el único puesto del mercado que está abierto. Un plato de arroz con pollo recalentado dentro de un local iluminado por una bombilla perezosa. Comer en los puestos de África no es apto para escrupulosos, las paredes rara vez están limpias, las mesas tienen restos de todo el día, la comida lleva horas en recipientes de plástico y los platos y vasos los lavan en un cubo con agua que reutilizan sin cesar.

Las etapas de Gabón comienzan con carteles de cuidado elefantes. Parece a simple vista que es una posibilidad entre miles, pero todos los días nos hablan de los ataques que sufren por las noches. Uno de los días nos acoge un militar francés que nos ve en la carretera y la única condición es que no salgamos de noche, “suelen venir panteras y elefantes a rebuscar en la basura”, “tranquilo, si hay que quedarse en casa...”. Si tuviéramos que poner un recuerdo a Gabón sería el de los camiones chinos con troncos. Decenas cada etapa, con árboles enormes. La imagen es dolorosa porque en dos semanas de pedaladas hemos visto pasar un bosque entero cortado. La selva es frondosa hasta que un día es un lugar aislado, sin animales, sin personas, sin oxígeno, sin futuro.

Una de las etapas de Gabón acaba en Libreville, su capital, llegamos un viernes. Decenas de kilómetros de atascos, ruido, caos. Pedalar por una ciudad africana es un deporte de riesgo para los pulmones, no hay vehículo sano y los tubos de escape parecen fábricas. Tras las gestiones en la capital, salimos un domingo y parece otra ciudad, calles vacías para nosotros, silencio y paz para enfocarnos hacia Coco Beach. En el camino dormimos en una escuela. En ella dos profesores se reparten la enseñanza para cinco cursos. Mientras unos reciben la lección el resto lee. El único pozo del pueblo está roto y sacar agua es un gimnasio diario porque la manivela se ha roto. “Pregunta cuanto vale y te lo arreglo”, Piéby, el profesor nos mira alucinado, no sabemos si le sorprende más que dos blancos lleguen por caminos de tie-